



Ana Tinoco de S. Miguel (1594-1651) -Fregenal-

Ana Tinoco de Bolaños nació en Fregenal de la Sierra en 1594 en día y mes ignorado, era hija de D. Arias Venegas Tinoco y doña Isabel de Bolaños, ambos de familias principales de la villa. Como tal la pequeña recibió una esmerada educación humana y religiosa.

Cuando Ana tenía 11 años, se fundó el monasterio de Agustinas Concepcionistas en Fregenal, según dejó pedido en testamento D. Alonso de la Paz, tío abuelo de la pequeña Ana. Con el trato frecuente y familiar de las religiosas sintió nacer su vocación claustral, pero su situación familiar era un gran freno a la realización de la misma. Su padre había emigrado a América lo que hizo que ella y su madre acrecentaran la mutua dependencia. Temía no poder pasar sin su madre, al mismo tiempo que ésta se oponía con fuerza a la vocación de la hija. En esta lucha permaneció por varios años hasta el día en que orando ante la Virgen de la Paz, que se venera en la iglesia del monasterio, como ella misma escribe: La Santísima Virgen me arrebató el

corazón por más de un cuarto de hora, me confortó y me dijo: “Hija, ánimo y sé religiosa, que yo he de ser tu madre”. El cambio fue repentino y la fuerza sobrada, rápidamente arregló las cosas ingresando en 1615 y profesando en 1616, a sus 22 años, siendo la número 25 del monasterio recién fundado.

Siguiendo la costumbre relajada de las religiosas de su rango se entregó a la correspondencia y amistad de una persona a la cual ella califica de hombre santo, pero que con sus frecuentes visitas y conversaciones la entretenía y distraía de una entrega total a la obra de Dios. En esta situación permaneció durante 8 años, período de gran insatisfacción y mucha lucha, como ella misma atestiguará: todo el tiempo de mi ruindad andaba la Majestad de Dios como persiguiendo mis intentos, ya con temores de mi conciencia, ya con deseos de penitencia, ya con las enfermedades, ya con las murmuraciones de las demás y otras veces con propósitos de no apetecer otra cosa más de amar a Dios, dejando todo por el todo. Más nada de esto acababa de disponerme de veras, hasta que llegó con veras el dulce Jesús de mi alma, que viendo un día una pintura de mi Señor cuando estaba en el monte Calvario desnudo y desollado, me enterneció el alma de modo que me causó aborrecimiento a todas las cosas que neciamente amaba. Senteme junto al Señor y lloré mucho de verlo, y dijo su Majestad a mi alma estando allí a sus pies: “Acaba ya de dejar las vanidades, que muchos días ha que te aguardo”... Quedé como muerta de dolor y de temor y resuelta a dejar todas las cosas de esta vida y comenzar otra nueva. Pasé así algunos días, sin acabarme de determinarme a bien ni a mal. Mas el Señor que había comenzado a darme un aviso, no fue para dejarlo. Ansí no me dejaba con mil impulsos en el alma hasta que un día me dio un ánimo muy grande para despedir una persona con quien tenía trato y conversación... Despedile cara a cara y díjele: “Vuesa merced se vaya enhorabuena y no se acuerde más de mi sino para encomendarme a Dios”. No le quise guardar más respuesta, sino volvíle las espaldas dejándolo muy confuso de mi determinación.

A partir de este momento inicia en verdad una nueva vida de intensa oración y gran recogimiento –cerrándose a todo trato con los de fuera y limitando mucho el de dentro-. La soledad y la oración serán las características más marcadas de esta nueva vida. Se negaba incluso a las visitas de su madre, siendo por ello reprochada por esta y por sus hermanas de religión, pero el Señor la alentaba en su empeño, ella misma

escribe cómo un día en que desde el coro oía los llantos y lamentos de la madre ante su negativa, el Señor le dijo: Hija, no temas dejar a tu madre y hermanos por mi amor, que yo te daré a mi Sacratísima Madre por tuya y a mis ángeles por hermanos, con quien quiero sea tu trato y conversación, y no con criaturas. Una visión de Cristo atado en la columna hizo que a su vez esta vida nueva estuviera marcada por el signo de la penitencia: Dejó mi alma deshecha de compasión de verle tan afligido. Quedome una memoria viva de las liviandades que había usado, amiga como era de aderezar el cabello, de componerme y parecer bien. Tomé una soga y púsemela en recompensa de las veces que me había puesto en la garganta cintas y cosas excusadas, corteme los cabellos a raíz del casco, que no fue para mi condición poca mortificación, púsememe unas toquillas bastas y cosidas, por cuanto había sido amiga de delgadas y bien puestas... habiendo tenido algún gusto de que mis hábitos fueran los mejores de la casa, los tomé en esta ocasión y troquelos con una hermana de la cocina y con otra religiosa pobre... Púsememe unas sandalias por obedecer a la abadesa que mi deseo era andar descalza... íbame a la cocina a servir a las hermanas... otras veces besaba los pies y las manos a las religiosas en memoria de las que el Señor lavó a sus discípulos...

Su oración tuvo un marcadísimo carácter intercesor, la petición fue descubierta por ella con nueva fuerza, alentada por el mismo Cristo: Hija, pídemme, que no sabes pedir, y consiste mi gloria en dar... Pide por los pecadores –le decía en otra ocasión- porque deseo perdonarlos y hacerles mercedes. En una ocasión en que el mismo confesor le recomendaba no pedir con tanta insistencia ella le dijo con resolución: Me ha dado el Señor conocimiento de que muchas cosas gusta su Majestad que se las pidamos con tanta eficacia que parezca se las pidamos muy de fuerza, con lágrimas y oraciones, ayunos y penitencias... porque se regala el Señor de vernos pedir. También era muy frecuente su oración intercediendo por sus hermanas de religión, de la cual le declaró el mismo Señor en varias ocasiones: que era muy agradable a sus ojos aquella oración. Sin embargo ante su excesiva solicitud por la eficacia de la misma, tuvo que escuchar el siguiente reproche: Tú pídemme por ellas, y deja lo demás a mi cuenta... Este amor por sus hermanas era también correspondido por una confianza de las mismas en la M. Ana, a la que acudían en demanda de consejo, de dirección espiritual y tratando de imitar sus ejemplos.

El gran aprecio de la oración, aunque nunca le llevó a desatender sus obligaciones sí le hacía temer la estorbasen, pero el mismo cielo la confirmaba en el empeño de las mismas. Siendo tornera pensaba en la mucha distracción que esto le reportaba, la misma Virgen María le aseguró: Hija mía, mas me agradas en el oficio de la obediencia que tienes, que si derramaras toda tu sangre por tu gusto en mi servicio. Y en otra ocasión en que era enfermera: Hija, no te melancolices ni dejes tu ejercicio, que es muy agradable a los ojos de mi Hijo y así es más perfecta tu oración y mortificación... Más me agradas en esos ejercicios que si estuvieras de día y de noche en oración y grandes penitencias.

Su vida mística fue muy intensa, siendo muy frecuentes las locuciones, visiones sobrenaturales y demás fenómenos místicos, aquí era donde recibía las manifestaciones amorosas de Dios, ella misma escribe cómo en una de estas ocasiones Jesús le decía: Ana, que me muero por ti... quiéreme tú y sírveme con todo tu corazón, que el mío se rompió por ti... en ti me regalo, en ti tengo mis deleites, y por ti haré cuanto me pidieres... Ten entendido que no me aparto de tu alma ni un solo punto... para ti tengo mis tesoros. Por su experiencia pudo escribir: Cuando se muestra la Majestad de Dios aficionado a un alma, le hace todas las pruebas posibles para ver cuánto le ama. Bendito sea para siempre tal amor, pues siendo dueño de todo y señor absoluto de las voluntades y de las almas se hace como niño importuno y celoso de que no quiera el alma a nadie más que a su Divina Majestad. Las noches las pasaba enteras en el coro, allí mismo por dos o tres horas se entregaba al sueño.

Toda esta intensa vida de oración y vida entregada no podía dejar indiferente al maligno que viéndose burlado de las camufladas tentaciones, abierta y manifiestamente trataba de apartarla de sus propósitos y de manifestarle su rabia tratando de herirla; aullidos, visiones escandalosas, amenazas, apariciones monstruosas, insultos, golpes... todo fue empleado por el Tiñoso –como le llamaba M. Ana- la cual se defendía del mismo intensificando su oración, con la señal de la cruz, el agua bendita... y no desaprovechando tampoco la ocasión para burlársele y reírsele en la misma cara.

Una constante en las místicas y místicos agustinos es la devoción a la humanidad de Jesús y en concreto a la Pasión de Jesús, esto, como ya hemos visto, tampoco faltó en M. Ana, al contrario, son muy frecuentes en ella las visiones del crucificado, así como en otros momentos de la pasión: apresado, azotado,

cargado con la cruz, coronado de espinas –esta era una de las visiones que ella más amaba, participando a su vez de la misma coronación-.

La Eucaristía era otro de los fuertes de su espiritualidad, superando grandes dificultades consiguió poder comulgar a diario, en contra de la costumbre de la época, solía ser después de la comunión cuando recibía muchas de las gracias místicas a las que aludimos, y en el coro pasaba día y noche todos los tiempos que le quedaban libres de sus ocupaciones. También destacaba en ella su devoción a María Santísima a la que consideraba su madre y maestra y de la que con gran frecuencia se veía favorecida y protegida. San Miguel arcángel y los ángeles fueron a menudo sus interlocutores y defensores en las marañas del Tiñoso, ella los llamaba hermanos.

Se carece de datos en los últimos 15 años de su vida, que sin duda son los de su madurez. En un documento muy antiguo se lee: Murió con grande opinión de santidad, en 19 de abril de 1561, y estuvo por enterrarse, para satisfacción del innumerable concurso que de esta villa y su comarca concurrió a venerarla... enterrose en caja de madera, por particular atención a su buena opinión, pues no se ha hecho antes ni después con otra alguna... Tenía 57 años de edad y 35 de vida religiosa.